

de Chantal ocupada en las más bajas faenas, nada me cuesta!»

La reja del convento se cerró poco después detrás de una joven de un nacimiento no menos ilustre, la señorita Juana Margarita de Berbisey, parienta de la Santa. Tenía veinticuatro años, era noble, rica y de un brillante porvenir. Todo se lo dió á Dios. La Madre de Chantal decía hablando de esta joven: «Tenemos una pretendiente que es una perla de virtud.»

Así en Dijón como en Moulins, en París, en Grenoble y en Annecy, todas las vocaciones se presentaban con el mismo carácter. En todas partes era pisado el mundo en lo que tiene de más seductor; en todas partes vencida la naturaleza en lo que tiene de más impetuoso; por todas partes introducido el sacrificio en el claustro, y en todas partes también, en estas casas tan pobres, se veían maravillas de abnegación, de humildad y de mortificación; almas que practicaban las virtudes más sublimes y se elevaban á los más altos grados de unión con Dios.

Hacia casi seis meses que la Madre de Chantal estaba en Dijón, cuando recibió una carta, en la que San Francisco de Sales le anunciaba que salía para la ciudad de Aviñón con la comitiva del Duque de Saboya, y le rogaba le esperase en Lyon, donde estaría algún tiempo á su vuelta. Con esta noticia, la santa Madre de Chantal hizo todos sus preparativos de viaje. Había reunido ya una docena de novicias, comprado y pagado en parte una grande y hermosa casa, amueblado los cuartos, construído la iglesia, el coro y la sacristía, principiado los locutorios, todo con sólo la ayuda de Dios, porque no quiso recibir ni aun cierta cantidad de dinero que le ofreció su hija, la señora de Toulangeon, y entró en Dijón con solas catorce libras, de sus ahorros en los gastos del camino. A su partida entregó la casa á la Madre Favre, á la que hizo venir expresa-

mente de Montferrand, y tranquila por este lado se puso en camino para Lyon el 28 de Octubre de 1622 (1).

Por su parte, once días después, el 9 de Noviembre, dejaba San Francisco de Sales su ciudad de Annecy, que no debía volver á ver. Estaba lleno de presentimientos de su próximo fin. La mañana de su partida fué á decir la Misa al convento de la Visitación é hizo una breve plática sobre estas palabras, que tanto le gustaban: «Nada pedir y nada rehusar; vivir sumisas y abandonadas;» y al marcharse: «Adiós, hijas mías—les dijo,—hasta la eternidad.—Ilmo. Señor—exclamaron las Hermanas llorando,—Dios haga que volváis pronto.—Y si le agradara que no volviese—replicó el Santo—¿sería menos amable?» Al salir de la casa encontró en el umbral de la puerta á la Hermana Ana Jacobina Coste, de rodillas é inundada en llanto. «Hija mía—le dijo,—he salido á viajar otras muchas veces, y nunca os he visto llorar á mi partida. ¿Por qué, pues, tanto llorar ahora?—¡Ah! Ilmo. Señor—respondió,—el corazón me dice que este viaje es el último, y que no nos volveremos á ver.—Y á mí—dijo San Francisco de Sales con un pensamiento profético de la muerte próxima de la Hermana Coste—el corazón me dice que si no vuelvo, nos volveremos á ver más pronto de lo que pensáis.»

Desde Annecy se fué el Santo á Belley, adonde dos meses antes, el 22 de Agosto de 1622, á petición del Ilmo. Sr. Camús, había enviado á la Madre María Magdalena de Mouxy con cinco religiosas, á fundar un monasterio, que era ya el *décimotercero* de la Orden. El Santo estuvo cuatro ó cinco días en Belley, durante los cuales fué todos los días á decir Misa en la capillita del monasterio. El primer día, estando en el altar, se le vió

(1) *Anales del monasterio de la Visitación de Dijón*, pág. 21.

como rodeado todo de luz, «de suerte que á los asistentes les parecía estar en el Paraíso.» Después de la Misa entró en el convento, que era estrecho y pequeño, y dijo que se bañaba de gozo viendo á sus palomas en tanta pequeñez y estrechura. Otra vez, al salir el Santo de la capilla, encontró á la señora de Roys, que llevaba de la mano una de sus nietas, de edad de cinco ó seis años, y el bienaventurado *motu proprio* se acercó, acarició á la niña, la llamó por su nombre, aunque nunca la había visto, y admirándose la madre, le dijo, haciendo la señal de la cruz en la frente de la niña y besándole después encima de esta señal sagrada: «¿Sabéis lo que hago? Marco á la pequeñita María para que sea un día hija de la Visitación;» lo que se verificó, en efecto, de un modo sorprendente.

Pero un acontecimiento más grande ha hecho célebre en la historia de la Visitación el corto tiempo que en esta época pasó San Francisco de Sales en Belley. La primera vez que entró en el monasterio, la Hermana Claudia Simpliciana empezó á sollozar fuertemente. Y preguntándole el Santo la causa de su pena: «¡Ay! Ilmo. Señor—respondió,—es que os vais á morir este año.» Era el 11 de Noviembre.

El grande Obispo, mirándola con una dulce alegría: «¿Qué decís, hija mía Simpliciana, que me moriré este año?»

—«Sí, Ilmo. Señor—respondió,—pero os suplico pidáis á Nuestro Señor y á su Santísima Madre que no suceda así.

—«¡Oh, hija mía—replicó el siervo de Dios,—no me pidáis esto, porque no lo haría.

—«Pues yo lo haré, y le pediré tanto á Nuestro Señor y á la Virgen Santísima, que lo dilatará por algunos años.

—«No, hija mía, no lo hagáis, querida hija Simpliciana—le respondió el Santo con un tono casi suplican-

te.—¡Ay, querida hija! ¿no os alegrarías de que yo fuera á descansar? Mirad, estoy tan cansado, tan pesado, que ya no puedo conmigo. Además, ¿qué necesidad tenéis de mí? Tenéis vuestras Constituciones, en que todas las cosas están ya arregladas, y después os dejo á nuestra Madre de Chantal, la cual os bastará. Por último, es menester no poner sus esperanzas en los hombres, que son mortales, sino sólo en Dios, vivo siempre (1).»

Todas estas cosas se decían el 11 de Noviembre de 1622. El 28 de Diciembre del mismo año falleció el siervo de Dios.

De Belley fué el Santo á Lyon, donde apenas tuvo tiempo para ir á la Visitación; dijo la Misa, vió algunos minutos á la Madre de Chantal, la recomendó ir á visitar los monasterios de Saint-Etienne y de Montferriand mientras que él iba á la ciudad de Aviñón, prometiéndola hablarían despacio á su vuelta.

Desde Lyon á la ciudad de Aviñón no había más que un solo monasterio de la Visitación, el de Valence. San Francisco de Sales se detuvo allí algunos instantes al pasar para Aviñón, y algún tiempo más á su vuelta á Lyon. Disuadió á las Hermanas de que emprendiesen un pleito que las aconsejaban, para alcanzar de un vecino las cediese un jardín de que tenían gran necesidad. «Hijas mías—las dijo,—esperad á que ese buen hombre quiera vendérselo: tiene más derecho para guardarlo que vosotras para comprarlo.» Decidió también la admisión á la toma de hábito de la señora de la Grenelle, que á pesar de sus *ochenta y cuatro* años solicitaba la felicidad de entrar religiosa, felicidad que se le había rehusado hasta entonces. «¿Y por qué?—dijo el Santo.—No hay edad que sea indigna de consagrarse á Dios.»

(1) *Fundación inédita del décimotercio monasterio de la Visitación, en la ciudad de Belley, pág. 174.—Vida de las primeras Madres de la Visitación. La Hermana Claudia Simpliciana Fardel, tomo II, pág. 36.*

En fin, antes de marcharse quiso visitar á la devota Hermana María de Valence, tan santa y tan querida en la Visitación. Como ni él ni sus criados sabían dónde vivía, fué preciso que una Hermana tornera les enseñase el camino. La buena criatura, que tenía entre manos alguna cosa que le urgía, echó al momento á andar, pero tan de prisa, que el Santo, que estaba cansado y ya pesado porque se acercaba el fin de su vida, no la podía seguir y le dijo: «Hija mía, vamos un poco más despacio, si gustáis.» Moderó un poco su paso por algún tiempo, pero olvidándolo en seguida se puso á correr como antes; lo que visto por el bienaventurado, miró dulcemente á la Hermana, y adelantando su paso modestamente: «Los que son guiados deben seguir»—dijo. Cuando llegaron á la puerta de la casa, la buena tornera se puso de rodillas; el Santo Prelado la bendijo por tres veces, y poniéndole la mano en la cabeza: «Un día—le dijo—tendréis el velo de la Congregación;» lo que, en efecto, se verificó (1).

Volvió á entrar en Lyon, y aunque gran número de personajes solicitaban el honor de alojarle en su casa, y el señor de Olier, intendente de la provincia, le ofrecía la mitad de la suya, prefirió un pequeño cuarto en la casa del jardinero de la Visitación, diciendo alegremente á los que le advertían las incomodidades de semejante alojamiento, «que tenía la gran ventaja de estar cerca de sus Hijas, y que por otra parte, nunca estaba mejor que cuando estaba poco bien.»

Entretanto, advertida la Madre de Chantal de la vuelta de San Francisco de Sales, se apresuraba á venir á Lyon. Había visitado rápidamente el monasterio de Saint-Etienne, que acababa de nacer, pues hacía un mes que se había fundado; se detuvo un poco más en Montferrand, que tenía dos años de existencia, y que

(1) *Fundación inédita de Valence*, pág. 166.

fundado por la Madre Favre y edificado con la alta virtud de la Condesa de Dabet, estaba lleno de fervor. Hizo allí sus ejercicios anuales, y sintió aumentarse el deseo que tenía de volver á ver á su Santo director, y tratar con él de una porción de cosas, tocantes á su alma y al bien de su Instituto.

San Francisco de Sales no lo deseaba menos; pero era tanto el número de príncipes y de princesas que ambicionaban el honor de conferenciar con él, y la estancia en aquella ciudad de las dos cortes de Francia y de Saboya le imponían tales deberes, que la Santa apenas pudo hablarle. No obstante, apenas supo San Francisco de Sales que había llegado la bienaventurada, tomó sus medidas, y habiendo conseguido un poco de tiempo libre, fué al locutorio. Tres años hacía que no se habían visto, y Dios no quería concederles en la tierra sino algunas pocas horas de conversación. Al ver al Santo Obispo, quedó admirada la Madre de Chantal del cambio que encontró en él. Le pareció verle todo transformado en Dios, y el brillo exterior de su rostro que se advertía en él hacía ya muchos años, y era como una revelación del fuego del amor divino que le consumía, se había aumentado considerablemente; fuera porque tocando el Santo Obispo al fin de su carrera, y casi en vísperas de su muerte, tuviese ya, digámoslo así, en la frente como un reflejo radiante de la bienaventuranza que le esperaba, ó más bien porque después de tantos años de trabajos, hubiera, en fin, llegado á esa plenitud del hombre perfecto, á esa madurez del alma en Jesucristo que Dios no concede plenamente á los mayores Santos sino á su última hora.

«Madre mía—dijo el Santo Obispo,—tendremos algunas horas libres: ¿quién de los dos hablará primero?» La Santa, que era viva: «Seré yo si gustáis, Padre mío—dijo,—mi corazón tiene gran deseo de que le paséis revista.»

Notando el bienaventurado un poco de afán en el alma de una hija que deseaba ver perfecta, le dijo con una dulce gravedad: «¿Y qué, Madre mía, aún tenéis deseos vehementes y elección? Yo creía encontraros toda angélica.»

Y sabiendo muy bien que había cosas más urgentes de que tratar, que ocuparse en los asuntos de un alma que Dios dirigía por sí mismo: «Madre mía—le dijo,—en Annecy hablaremos de nosotros; ahora trataremos de concluir los negocios de nuestra pequeña Congregación. ¡Oh, y cuánto amo á nuestro pequeño Instituto, porque en él es Dios muy verdaderamente amado!» La Madre de Chantal, sin decir palabra, dobló los papeles que trataban de su conciencia y de lo que había pasado en su alma por espacio de tres años, y durante cuatro horas largas, estos dos grandes Santos arreglaron juntos cuanto debía servir para el establecimiento sólido de la Orden. El bienaventurado insistió mucho en la necesidad de no erigirla, como deseaban muchos altos personajes, en Congregación, sino dejar libre cada monasterio independiente de los demás, gobernado por los Obispos y la Santa Sede; que cuanto más oraba, tanto más conocía que ésta era la voluntad de Dios; que de este modo no habría ni menos estabilidad ni menos unidad, y sí más fervor. «Mirad—dijo por último,—nuestras hijas son hijas del clero, y el clero es la primera Orden religiosa.»

El sentimiento de veneración que á la Santa, inspiraba San Francisco de Sales era tan extraordinario, que no pudo acabar esta larga conversación sin que se le escapase un grito de admiración. «Padre mío—le dijo,—es indudable que un día os han de canonizar, y yo espero trabajar en ello.—Madre mía—la respondió el Santo con seriedad,—Dios podría hacer este milagro, pero aún no han nacido los que han de tratar de mi canonización.»

Estas fueron sus últimas palabras; no debían volverse á ver sino entre los resplandores de la eternidad. Al otro día muy temprano, la Madre de Chantal salía de Lyon para ir á la ciudad de Annecy, y quince días después fué atacado el Santo de un accidente de apoplejía.

Estos quince días de consuelo que negó Dios á la Madre de Chantal, fueron testigos á un tiempo de la transformación creciente del Santo Obispo, así como del amor profundo que profesaba á sus queridas Hijas.

El día de Navidad fué á decirles la santa Misa, y apareció en el altar como un serafín, con tal resplandor en el rostro, que la Madre de Blonay, que era Superiora, se atrevió á decirle por la rejita de la sacristía: «Ilmo. Señor, me ha parecido ver al Arcángel San Gabriel á vuestro lado en el momento en que entonabais el *Gloria in excelsis*.—Querida hija mía—respondió el Santo mirándola del modo más gracioso,—tengo el oído del corazón muy duro para las inspiraciones, y necesito que los ángeles me hablen al oído del cuerpo, hirriendo el sentido con su santa melodía.» Esta respuesta evasiva no satisfizo á la Madre de Blonay; insistió de nuevo, y el Santo respondió: «Verdaderamente que nunca he sentido mayor consuelo en el altar; el divino Niño ha estado en él visible é invisible. ¿Por qué no estarían los ángeles también? Pero no sabréis más, porque hay mucha gente á nuestro lado.»

Al otro día, antevíspera de su muerte, San Francisco de Sales volvió á decir la Misa á la Visitación, y por la tarde, al anoecer, hizo llamar á todas las Hermanas al locutorio, y las habló con extraordinaria efusión sobre esta admirable palabra, que había explicado también á las Hermanas de Annecy al dejarlas: «Nada pedir y nada rehusar, á imitación del Niño Jesús en el pesebre.» Hacía tres horas que hablaba, cuando sus criados, á quienes había encargado viniesen á buscarle á

las ocho, entraron en el locutorio con hachas encendidas. El Santo pareció admirarse de que viniesen tan pronto, diciendo que hubiera pasado muy bien la noche hablando de cosas santas con sus queridas Hijas; y no obstante, para imitar al Salvador, de quien acababa de hablar, y practicar la obediencia con los inferiores, se levantó, y despidiéndose de sus Hijas, les dijo las llevaba á todas en su corazón.

Fué igualmente á decirles la Misa el 27 de Diciembre, y les dió la Sagrada Comunión. La Madre de Blonay le pidió la confesase, y tuvo así la felicidad de ser la última penitente que recibió la absolución por ministerio de este gran director de las almas. En efecto, el mismo día, hacia las dos de la tarde, fué atacado el Santo de la apoplejia y parálisis de que murió.

Es imposible imaginar un espectáculo más tierno que el de este bienaventurado tendido en su lecho de dolor, sufriendo cruelmente, pero tan dulce, y aun tan gracioso, digámoslo así, con la muerte, como lo había sido durante su vida con todo el mundo; estaba con todos sus miembros paralizados, y como sepultado en un pesado sueño, del que los médicos apenas podían sacarle por medio de hierros hechos ascuas, siendo más fácil despertarle con el solo nombre de Jesús que con los más violentos remedios; de cuando en cuando salía de su letargo, y se le oían los acentos de su ardiente amor de Dios. Durante su agonía, que duró treinta horas, no se alteró ni un instante la serenidad de su rostro. Se notó también que este resplandor que en los últimos años de su vida iluminaba su rostro, se aumentaba cada instante, arrebatando á cuantos le contemplaban. En fin, viendo los asistentes que este largo martirio iba á concluir, se pusieron de rodillas para rezar las oraciones de los agonizantes, y al llegar á estas palabras: «*Omnes Sancti Innocentes, orate pro eo*, Santos Inocentes, rogad por él,» su hermosa alma salió de su cuerpo, y

«esta inocente prisionera fué á gozar de una libertad eterna (1).» Era el día de los Inocentes, 28 de Diciembre de 1622, á las siete de la tarde. El Santo entraba en sus cincuenta y seis años.

El mismo día y á la misma hora la Madre de Chantal, de rodillas en la capilla de la Visitación de Grenoble, ofrecía á Dios á su bienaventurado Padre, cuando oyó una voz muy distinta que le decía: «¡Ya no existe!» Conmovida aún por el estado de transformación en que acababa de verle, y no sospechando su muerte, «¡Dios mío!—exclamó—no; ¡oh no! ¡ya no existe, no vive! Vos solo sois quien existe y vive en él!» Largo tiempo se detuvo entusiasmada con este pensamiento. Verdaderamente, la idea de su muerte se presentó á su imaginación, pero no se fijó en ella y salió muy alegre de Grenoble para ir al monasterio de Belley.

Aquí fué donde supo la terrible noticia. El señor D. Miguel Favre, confesor de San Francisco de Sales y del monasterio de Annecy, y por consiguiente, suyo también, no creyó debérsela ocultar más tiempo. «Madre mía—le dijo,—es menester querer lo que Dios quiere, leed esta carta.» A estas palabras el corazón de la Santa latió fuertemente, y se volvió hacia Dios para aceptar cuantas penas le revelase este escrito; pero antes de leerlo comprendió el sentido de aquellas palabras: «¡Ya no existe!» Sus lágrimas empezaron á correr y continuaron todo el resto del día y toda la noche, hasta el otro día por la mañana después de la santa Comunión, pero con mucha dulzura, grande sumisión á la voluntad divina, y una certeza absoluta de la gloria del bienaventurado.

Un religioso que había venido á verla, encontrándola bañada en lágrimas, le dijo que la perfecta resignación debía secar el llanto. La Santa respondió: «¡Oh

(1) *Fundación inédita de Lyon*, pág. 64.

mi muy querido Padre! si yo supiese que mis lágrimas desagradaban á Dios, ni una sola vertería.» Y desde entonces, por efecto de aquella energía de voluntad que la caracterizaba, prohibió á sus ojos que llorasen; pero esta extremada violencia hizo se la hinchase el estómago con grandes dolores. Fué menester que interviniese el Sr. D. Miguel Favre, el que, poniéndole á la vista á Jesús llorando á Lázaro, le mandó dar libre curso á sus lágrimas.

A la noche fué á la recreación con las Hermanas, pero sin poder decir una palabra; después se retiró, se hizo leer un capítulo de la *Imitación*, se acostó, deseando quedarse sola con Nuestro Señor para llorar con libertad y consolarse con Él. Pero la Superiora mandó á la Hermana Claudia Simpliciana que no la dejase, y esta buena Hermana pasó toda la noche de rodillas delante de su cama, hablándola del bienaventurado y contándole la última conversación que había tenido con él y los términos con que le había profetizado su muerte cuando pasó por Belley. Al otro día muy de mañana partió la Santa para Annecy, adonde tenía prisa de llegar por ver y consolar á todas sus Hermanas y preparar todo para disponer á su bienaventurado Padre un sepulcro digno de él.

Mientras tanto, en Lyon invadía la muchedumbre el pequeño cuarto donde yacía muerto San Francisco de Sales. Venían á besarle los pies, se traían pañuelos para empaparlos en su sangre, estampas y rosarios para tocarlos al cuerpo, y por todas partes se decía en la ciudad que no debían desprenderse de un tesoro tan precioso, y puesto que Dios había querido que este grande Obispo exhalara en Lyon su último suspiro, era consiguiente también que fuese sepultado en él. Alarmados con estas voces el fiel Rolando y los individuos de la comitiva episcopal, trataron de apresurar los preparativos de su partida, y ya estaba colocado el

santo cuerpo en unas andas, que debían ser llevadas por dos mulas alquiladas á este fin, cuando el señor de Olier, intendente de la provincia, se opuso de repente á la partida.

Júzguese el sentimiento de la Madre de Chantal al saber esta noticia. Ya había escrito á la Madre de Blonay, Superiora de Lyon, una carta muy apremiante para suplicarle hiciese todos los esfuerzos posibles, á fin de que se trajesen al instante los restos preciosos del Santo á su ciudad de Annecy; y por primera vez en su vida concluía la carta con estas palabras: «Os lo suplico, y aun si me atrevo, os lo mando.» Se apresuró á escribir al Duque de Saboya, al Alcalde y á los Síndicos de Annecy; hizo ir al locutorio de la Visitación al Provisor de la diócesis y al Deán del cabildo; les enseñó el testamento del Santo, formal é irrevocable, y los decidió á marchar á Lyon, y en fin, á fuerza de pasos alcanzó se levantase la prohibición hecha por el Sr. Olier, y se volviese á Saboya el cuerpo del Santo.

El viaje parecía un triunfo. Aquellos restos preciosos fueron acogidos por todo el camino con las demostraciones de un respeto que llegaba hasta la veneración; y después de haber sido colmados de honores en todas las iglesias, y sobre todo en las de Annecy, fueron, por último, llevados á la capilla de la Visitación, donde Santa Juana Francisca y sus Hijas los recibieron con una emoción difícil de expresar. Se colocó el ataúd en el Santuario, junto á la reja del coro de las religiosas, y se le cubrió, no con un paño mortuario, sino con un velo blanco, en el cual estaban bordados con oro los santos nombres de Jesús y de María.

En la última entrevista que tuvo San Francisco de Sales con la Madre de Chantal, la dijo que en Annecy le daría cuenta de su conciencia. Deseando, pues, obedecer á su Santo Director después de su muerte, como en su vida lo había hecho, fué á ponerse de rodillas cerca

del sepulcro, y expuso á su bienaventurado Padre todo el estado de su alma. Sólo Dios sabe lo que pasó en esta sublime confidencia, y con qué inefables consuelos hizo el Santo Obispo conocer á la Madre de Chantal que la había oído; pero cuando la volvieron á ver las Hermanas, notaron que estaba radiante y como transfigurada.



CAPÍTULO XXII

La venerable Madre de Chantal queda sola á la cabeza de la Orden, y se muestra digna de esta sublime misión. Organización definitiva de la Orden.

—
1623—1624

HARTO conocía la venerable Madre de Chantal la gran responsabilidad que le imponía la muerte de San Francisco de Sales; pero contando sobre todo con Dios para llevarle, y confiando en las luces de su Santo director, á quien creía Santo y gozando ya de Dios, tomó su determinación, llevándola á debido efecto con aquella firmeza que le era peculiar. Continuar la obra del bienaventurado, defenderla contra todos los enemigos de fuera, protegerla contra los más peligrosos de dentro, haciendo respetar las reglas y desarrollando su espíritu de dulzura y fortaleza; impedir, propagándola, el que se debilitase: esto es lo que se juró á sí misma cumplir, después de la muerte de San Francisco de Sales.

«¡Viva Jesús!—escribía algunos dias después á la Madre de Chastelluz—y que para siempre este santo nombre sea bendecido en nuestras tribulaciones, á fin de que la grandeza de nuestros dolores sea un perfume agradable para su Divina Majestad. ¡Oh hija mía, cuán grande y pesado es el golpe, pero cuán dulce y paternal